

ÍNDICE

I. ¿Para qué filosofar?	7
1. Deshacer prejuicios	9
2. La filosofía como pasión	15
3. El anhelo de la verdad	21
4. El preguntar infinito	27
5. Liberarse de los ídolos.....	33
6. Examinarse a sí mismo.....	39
7. El filósofo, médico del alma	45
8. La filosofía como contracultura	51
9. Meditación sobre la vulnerabilidad.....	55
10. El fragmento y el todo	59
II. Las heridas del alma	65
1. La humildad ontológica.....	71
2. La aceptación de uno mismo	77
3. La práctica de la compasión.....	83
4. La audacia de proyectar.....	87
5. El perdón que libera.....	91
6. Comprenderse a sí mismo.....	95
7. El ejercicio de la deliberación	101
8. La plenitud de sentido.....	105
9. El aprendizaje de la esperanza.....	113
10. Aclarar la misión.....	119
11. La seriedad.....	125
12. La práctica del desasimiento	131

III. Las heridas del mundo	137
1. La cultura del ser.....	143
2. La práctica de la disconformidad	149
3. La técnica al servicio del humanismo	153
4. Trascender el positivismo	157
5. El sentido de la comunidad.....	161
6. Deconstruir el nihilismo	165
7. El valor de la alteridad.....	169
8. El futuro es abierto.....	173
9. Más allá de la novolatría.....	179
10. Filosofía de la autenticidad.....	183
11. El tesoro de la libertad.....	187
IV. Filosofar en siete movimientos	191
1. Sosegarse: lo que aprendimos de los estoicos.....	197
2. Asombrarse: las lecciones de Aristóteles	201
3. Indagar: la audacia de Sócrates	213
4. Dialogar: lo que heredamos de Platón	217
5. Criticar: lo que Kant nos enseñó	223
6. Decidir: el vértigo de Kierkegaard	227
7. Transformar: el legado de Marx	231
Bibliografía	237

I

¿Para qué filosofar?

DESHACER PREJUICIOS

Para muchas personas cultas la filosofía es un saber estéril, una actividad inútil, una especie de disciplina que pertenece al pasado, un vago recuerdo del bachillerato.

Muchos la conciben como una disciplina fracasada, incapaz de responder a los interrogantes que ella misma se propone; un discurso abstruso solo inteligible para una pequeña comunidad de iniciados que sufren el mismo padecer.

El filósofo es considerado, por lo general, una figura prácticamente irrelevante en la vida social, política, mediática. Salvo raras excepciones que confirman la regla, es un ser ajeno a los quehaceres de la vida cotidiana, a las maquinarias del poder político, social y económico; un ser que desarrolla una vida paralela, extraña, que está ocupado en problemas que, según parece, no interesan a nadie y que, según dicen los críticos, pertenecen a otros tiempos.

Otros han sentenciado desde hace décadas, la muerte de la filosofía, esgrimiendo que, al lado de las ciencias experimentales, sus resultados son más bien pobres y que la misma ciencia natural, en particular, la física, se ha encargado de despejar muchas incógnitas que la filosofía albergó, al principio, en su vientre.

Por todo ello, la filosofía se considera, por lo común, un discurso abstruso y anacrónico, que se articula a través de un lenguaje abstracto e imperso-

nal que sólo un escaso cenáculo de iniciados puede comprender, que gira interminablemente alrededor de asuntos incomprensibles y, sin el menor interés, para el conjunto de los seres humanos.

Igualmente se considera el filosofar como una actividad reservada sólo a algunos privilegiados que, gracias a sus recursos económicos o a un feliz concurso de casualidades, disponen de ocio y de suficiente tiempo libre para entregarse a ella. De hecho, como denuncian ciertos pensadores marxistas, la filosofía nació del ocio, del tiempo libre de la clase dominante.

Como trataré de mostrar, en este ensayo, estos tópicos sobre el filosofar que, lamentablemente, persisten en nuestro imaginario social y cultural, constituyen prejuicios que falsean la naturaleza del filosofar y su quehacer fundamental.

Este conjunto de estereotipos no nace por generación espontánea, ni son fruto de la casualidad. Existen causas, algunas imputables a los mismos filósofos, que pueden explicar, de un modo claro y distinto, la razón de ser de tal visión de la filosofía, pero también causas exógenas que no dependen del obrar del filósofo. Con todo, mi propósito, en este libro, no consiste en abordar la genealogía de los prejuicios contra la filosofía, pues esto daría pie a otro ensayo.

Parto de la idea que el filosofar es una actividad que todo ser humano puede desarrollar. Es, como dice Immanuel Kant, una disposición natural que está en la entraña de todo ser humano como ente pensante que es. Otra cosa es que la haya desarrollado en el marco de la academia y de un modo riguroso y metódico, pero como disposición natural, que emana de su ser, es constitutivamente humana.

Como toda actividad humana también el filosofar requiere de ejercitación, de entrenamiento y de

constancia, pero ningún ser humano está excluido de ella por difíciles que sean sus condiciones sociales, económicas y culturales. La filosofía pertenece a las posibilidades naturales del ser humano. Todo ser humano, para decirlo con un lenguaje aristotélico, es un filósofo en potencia, pero requiere de una *paideia*, de una estimulación, para convertirse en acto.

El filosofar emerge de sus profundidades cuando se le da la posibilidad. No se trata, pues, de un ejercicio artificial, ni de una operación adventicia que se incrusta en él aparatosamente por vía de la educación, de la transmisión escolar. La pregunta por el sentido, por la razón de la existencia, por lo que realmente dota de valor de la vida humana, está, en germen, en todo ser humano.

No es un lujo para ociosos, ni tampoco una actividad estéril, inútil en lo que respecta a sus resultados y beneficios. Supone más bien una necesidad elemental para el ser humano. Nace de una secreta pasión; se articula a través del discurso; pero es el resultado de una vocación que se adueña del espíritu.

Toda persona, como dijera Arthur Schopenhauer, tiene una disposición natural hacia la metafísica, más todavía, es un animal metafísico. No le basta con vivir, crecer, desarrollarse y morir. Se pregunta por lo que está allende su horizonte mental; trasciende con su interrogar el plano físico de la realidad. La pregunta por el origen y el fin emergen de su vida interior. La filosofía, pues, está ligada a la vida, propone a los seres humanos un arte de vivir en tanto que seres humanos.

La actividad filosófica no se ubica, solamente, en el plano del conocimiento intelectual, sino en la esfera de la identidad personal y del mundo. Es un proceso cuya finalidad radica en aumentar nuestro ser, en hacernos cualitativamente mejores como seres humanos. No se

trata, solo, de saber, de atisbar algo de la verdad. Tampoco es un puro razonamiento lógico. Mucho menos una exhibición de erudición. Es un discurso cuyo fin, como veremos, es sanar el alma y el mundo.

Como dice el filósofo francés Pierre Hadot, releyendo a los sabios estoicos griegos y romanos, es, ante todo, un ejercicio espiritual. Todavía más, se trata de una conversión que afecta a la totalidad de la existencia, que modifica el ser profundo de la persona que la lleva a cabo. No es una actividad epidérmica, ni una operación estética; altera sustancialmente el ser de la persona y su visión del mundo, de la historia, de Dios y de sí mismo.

Todo ser humano puede transitar de la conciencia cotidiana a la conciencia filosófica. Gracias a la conciencia filosófica se le muestran a la persona las múltiples maravillas del cosmos y de la tierra, viéndose dotado de una percepción más aguda, de una inagotable riqueza en virtud de su relación con los demás seres humanos, con las demás almas, invitándosele a actuar con benevolencia y equidad.

Sin embargo, muy a menudo, las preocupaciones elementales, las necesidades urgentes y la superficialidad de la vida cotidiana le impiden acceder a esta conciencia filosófica. Se trata de romper el caparazón que le aísla de sí mismo y de su esencia interior. No en vano Friedrich Nietzsche consideraba que para filosofar era necesario el uso del martillo.

Escribe el filósofo alemán, Dietrich von Hildebrand (1889-1977), discípulo de Max Scheler: “Todas las mentes «prácticas» y vulgares alimentan el prejuicio contra la filosofía. Desconocen el poder de la Idea; no tienen ni el más ligero presentimiento de las insólitas consecuencias que se han seguido de errores filosóficos o de un auténtico conocimiento filosófico en los ámbi-

tos político y económico —precisamente los que ellos consideran como reales e importantes para la vida—. ¹

Este prejuicio contra la filosofía no se confina únicamente en las mentes vulgares. Para muchas personas cultas y expertas en otras áreas de la ciencia, la filosofía es un lujo intelectual superfluo, un pasatiempo inútil, una suma de vaguedades que carece absolutamente de estatuto epistemológico. El prejuicio positivista que subsiste en el imaginario colectivo convierte a la filosofía en un prolegómeno de la ciencia física, en una especie de naufragio o discurso sin sentido.

“La consideran —dice Dietrich von Hildebrand— una vana expedición por un mundo abstracto. Creen que está más allá de la investigación del mundo «real», como una exageración de lo teórico y algo extraño a la vida. No digamos nada de su desprecio por la inexactitud y el carácter acientífico con los que consideran atado al método filosófico”. ²

No constituye mi objetivo elaborar una apología de la filosofía al modo de Josef Pieper en su bello ensayo, *Defensa de la filosofía*. Hace ya más de cinco décadas que se sentenció la muerte de la filosofía y no fueron, precisamente, los matemáticos ni los físicos quienes firmaron su certificado de defunción, sino los mismos filósofos o, cuanto menos, algunos filósofos. No pretendo, tampoco, sucumbir a un discurso gremial, a una especie de defensa *in extremis*, de un colectivo más bien minoritario y muy diseminado, y de un quehacer que, a pesar de todo, es fundamental para la vida humana.

En este conjunto de observaciones críticas que se plantean a la filosofía como saber y al filósofo como

1. D. VON HILDEBRAND, *¿Qué es filosofía?*, Encuentro, Madrid, 2000, p. 219.

2. *Ibidem*, p. 220.

figura social subsisten grandes verdades. Sin embargo, me interesa poner de relieve el valor y la función del discurso filosófico en nuestro tiempo. Deseo vindicar su utilidad, no en el sentido inmediato y económico del término, pero sí su razón de ser y su capacidad para identificar las heridas del alma y las heridas del mundo, su potencial curativo, terapéutico.

Soy filósofo. Experimento la vocación por la sabiduría desde que, a los diecisiete años, un profesor despertó, en mi ser, la pasión por el conocimiento; el afán por adentrarme en los grandes interrogantes de la existencia humana. No puedo hablar objetivamente de este saber. No puedo describir asépticamente en qué consiste la actividad filosófica, ni tampoco el oficio de ser filósofo. Estoy demasiado implicado en ello. Me va la vida en ello.

Por esta razón, el ensayo que presento no posee ninguna pretensión de objetividad, menos aún, de neutralidad disciplinar. No podría ser de otro modo tratándose de un ensayo, que, como pocos géneros, es, en sentido estricto una literatura del yo, un género inequívocamente unido a la identidad personal.

El texto, pues, que presento es, descarada y descarnadamente, subjetivo y biográfico. Pretende, eso sí, ser razonable o, a lo sumo, ésta es mi tentativa. Expreso una vocación, un deseo, una pasión. No hay, en él, ningún afán proselitista. Me mueve la voluntad de restaurar un saber y dignificarlo en el mundo de la academia y de las universidades. Reivindico su valor en la vida cotidiana, su función curativa y sanadora, con el único afán de mostrar su razón de ser en esta época que nos ha tocado vivir.